

GRADED READER IN SPANISH · LATIN AMERICAN

Los tres hermanos

Book 1: El umbral

15 stories · family drama · Medellín, Colombia
Vocabulary · Comprehension questions · Answer key

Mateo · Diego · Simón

Los tres hermanos

About this series

Los tres hermanos is a graded reader series in Latin American Spanish for B1 level learners. It follows Mateo, Diego and Simón Ríos — three brothers from Medellín, Colombia — as they navigate grief, distance and the secrets of their family.

Book 1: El umbral covers the first year after the brothers' mother falls ill. Along the way, the three discover that their father kept something he never got to tell them.

Each story includes key vocabulary, comprehension questions and an answer key at the end of the book.

— *For the reader* —

This graded reader is designed for B1 level Spanish learners. The language is clear and contextual, with vocabulary support after each story. Reading for pleasure is one of the most effective ways to build fluency.

Contents

- 01 El regreso
- 02 El mural
- 03 La audiencia
- 04 La cena
- 05 La panadería
- 06 El proyecto
- 07 La pared blanca
- 08 El examen
- 09 La visita
- 10 El río
- 11 El diagnóstico
- 12 La llamada
- 13 La habitación
- 14 Los tres
- 15 El umbral

Story 01

El regreso

El tráfico en la autopista Medellín-Bogotá avanzaba despacio esa tarde de marzo. Mateo Ríos tenía las manos sobre el volante y los ojos fijos en la fila de carros que no terminaba. Llevaba cuarenta minutos parado, o casi parado, moviéndose de a dos metros cada cinco minutos como si la ciudad no quisiera soltarlo.

En el asiento del copiloto había una bolsa con un pastel de cumpleaños que Lucía había encargado esa mañana. "Para Simón", le había dicho ella antes de que Mateo saliera, "y no llegues tarde esta vez." Mateo no había respondido. Sabía que probablemente iba a llegar tarde.

Simón cumplía veinte años ese día. Veinte años. Mateo recordaba cuando su hermano menor nació, una tarde de lluvia en el Hospital General de Medellín. Mateo tenía ocho años y su padre lo llevó al hospital con una corbata que nunca usaba. Ernesto Ríos era un hombre que creía que los momentos importantes merecían ropa importante.

Ernesto había muerto hace tres años. Un infarto, dijo el médico. Rápido, dijo. Sin dolor, dijo. Mateo nunca supo si creer eso último.

El tráfico se movió. Mateo aceleró dos metros y frenó otra vez.

Sacó el celular del bolsillo —con el motor parado, no era peligroso— y revisó los mensajes. Diego había mandado una foto del mural en el que estaba trabajando: una pared de cinco metros con colores que Mateo nunca habría elegido pero que, tenía que admitir, eran impresionantes. "Llega temprano hoy", decía el mensaje debajo. "Mamá cocinó bastante."

Mateo puso el celular de vuelta en el bolsillo sin responder. Había algo en los mensajes de Diego que siempre le producía esa mezcla de afecto e irritación que no sabía cómo resolver. Diego era su hermano. Lo quería. Y al mismo tiempo, a veces Diego decía cosas con una facilidad que Mateo no tenía, como si las palabras costaran menos esfuerzo para él.

El tráfico se abrió de repente. Mateo aceleró y salió de la autopista en la salida de Envigado.

La casa de Gloria Ríos estaba en una calle tranquila del barrio, entre una ferretería y una tienda de abarrotes que había existido desde siempre. Era una casa de dos pisos con una reja azul que su padre había pintado un fin de semana del 2003 y que su madre había pintado otra vez en 2018, del mismo color exacto porque ella había guardado el código de la pintura en una libreta. Mateo estacionó frente a la reja y se quedó un momento mirando la fachada.

Cuando bajó del carro, le cayó encima el olor a sancocho. Su madre cocinaba sancocho para los cumpleaños de todos, sin excepción, desde que Mateo tenía memoria. Era el olor de los cumpleaños y también de los domingos y también de los días difíciles, porque Gloria Ríos creía que la comida era la manera más directa de decirle a alguien que lo quería.

Tocó el timbre. Abrió Simón, con camiseta vieja y sandalias, el cabello todavía húmedo.

"Llegaste", dijo Simón, como si eso fuera suficiente.

"Llegué", dijo Mateo, y le extendió la bolsa con el pastel. "De Lucía."

Simón miró la bolsa. "¿Lucía no vino?"

"Tenía trabajo."

Era verdad, aunque no era toda la verdad. Lucía había dicho que prefería no ir, que las reuniones familiares de los Ríos la dejaban con una sensación de que estaba de más, como si hubiera llegado a una fiesta sin invitación. Mateo no le había dicho eso a nadie.

La sala estaba igual que siempre. El mismo sofá verde que ya no era verde sino un color entre verde y gris. Las mismas fotos en la pared: Mateo y Diego de niños en el parque, Simón de bebé, los cinco juntos en una playa de la costa atlántica que Mateo ya no recordaba cómo se llamaba. Y en el centro, la foto de sus padres el día de su matrimonio. Ernesto con corbata. Gloria con un vestido que Mateo sabía que todavía guardaba en el armario, aunque nunca volvió a ponérselo.

"¿Dónde está Diego?" preguntó Mateo.

"Llegó hace una hora. Está en la cocina con mamá."

Mateo fue a la cocina. Diego estaba sentado en el mesón, comiendo arepas directamente de la olla, mientras Gloria revolvía el sancocho sin mirarlo pero diciendo en voz baja que eso no se hacía, que esperara. Diego le guiñó un ojo a Mateo cuando lo vio entrar.

"El hermano mayor", dijo Diego. "Pensé que no venías."

"Cuarenta minutos en la autopista", dijo Mateo.

"Siempre hay cuarenta minutos en la autopista."

"Diego", dijo Gloria, sin dejar de revolver, "deja las arepas."

Diego dejó las arepas. Se bajó del mesón y abrazó a Mateo, que lo recibió con una palmada en la espalda, el abrazo de los hombres Ríos, corto y firme, con más fuerza de la necesaria porque ninguno de ellos sabía exactamente cómo expresar que se alegraba de verse.

Esa noche, después del sancocho y del pastel y de que Simón abriera los regalos —una chaqueta de Mateo y Lucía, un libro de arte de Diego, y de Gloria un sobre con dinero para libros aunque Simón protestó diciendo que no necesitaba dinero para libros— Mateo se quedó en la sala mientras sus hermanos ayudaban a lavar los platos.

Encontró, sin buscarlo, el celular viejo de su padre en el cajón de la mesita de centro. Era un teléfono Nokia de botones que Ernesto había usado hasta el final porque no confiaba en las pantallas táctiles. Gloria lo guardaba ahí desde que él murió. Mateo lo tomó y lo encendió, sin saber bien por qué.

La pantalla parpadeó. La batería estaba casi muerta pero funcionaba. Había tres mensajes sin leer. Dos eran avisos del banco. El tercero era de un número que Mateo no reconocía, sin nombre guardado, enviado seis días antes de la muerte de su padre.

El mensaje decía solo: "Ernesto, necesitamos hablar. Es urgente."

Mateo leyó el mensaje dos veces. Después lo apagó todo y puso el celular de vuelta en el cajón.

Desde la cocina llegaba el ruido del agua y la voz de Diego contando algo que hacía reír a Simón. Gloria decía algo también, en voz más baja, el tono de siempre.

Mateo se quedó sentado en el sofá verde que ya no era verde, con las manos sobre las rodillas, mirando la foto de la boda de sus padres en la pared.

Mientras Mateo esperaba que el tráfico avanzara, revisó el espejo retrovisor sin razón práctica, el gesto automático de alguien que ha conducido muchos años y tiene reflejos de conductor aunque el carro no se mueva. En el espejo vio la fila de carros detrás de él, las luces rojas encendiéndose y apagándose en la oscuridad que estaba empezando a caer, y pensó que esa imagen era una buena descripción de cómo se sentía en los últimos meses: detenido, con el motor encendido, esperando que algo se moviera sin saber exactamente qué.

El trabajo con Herrera estaba mal. No de manera visible, no de la manera en que las cosas malas son obvias, sino de esa manera sutil en que uno siente que algo está torcido antes de poder demostrar que lo está. Mateo llevaba seis años en la industria y había aprendido a reconocer esa sensación, que era diferente a la ansiedad normal del trabajo: era algo más específico, más localizado, como una pieza que no cierra bien en un engranaje.

Lucía sabía que algo pasaba. No lo había preguntado todavía, que era la manera de Lucía de respetar el tiempo que Mateo necesitaba para procesar las cosas, porque ella sabía que Mateo procesaba despacio, que necesitaba darle vueltas a algo en silencio antes de poder hablar de ello. Eso era una de las cosas que Mateo valoraba en ella: que no empujaba cuando él no estaba listo.

Pero había un límite para esa paciencia, y Mateo lo sabía.

La autopista se abrió de golpe. Mateo aceleró. La ciudad afuera de las ventanas era Medellín al anochecer, con esa mezcla de barrios que subían por los cerros como si la ciudad no pudiera contenerse en el fondo del valle y tuviera que seguir creciendo hacia arriba. Mateo lo había visto toda su vida y nunca había dejado de parecerle algo entre impresionante y un poco imposible: una ciudad construida en un lugar donde nadie debería construir una ciudad, que existía porque la gente que la construyó decidió que iba a existir y así fue.

Su padre había amado esa ciudad. Ernesto Ríos no era de Medellín de nacimiento, era de Manizales, pero había llegado a los veintitrés años y nunca se había ido, y con el tiempo la ciudad se le había metido de una manera que hacía difícil imaginar a Ernesto en cualquier otro lugar. Conocía los barrios con esa intimidad que tienen las personas que han caminado una ciudad durante décadas, que saben qué calles tener y qué calles evitar no por los mapas sino por la memoria del cuerpo.

Mateo pensó en eso mientras buscaba el estacionamiento frente a la casa de su madre. Pensó que había cosas de su padre que conocía bien y cosas que probablemente nunca iba a conocer, y que esa segunda categoría se había vuelto más grande y más difícil desde que Ernesto murió.

Después de la cena, mientras sus hermanos reían en la cocina con los platos, Mateo se quedó en la sala más tiempo del necesario.

El cajón de la mesita de centro llevaba años siendo el mismo cajón: llaves viejas, pilas que probablemente ya no funcionaban, un lápiz sin punta, la agenda de Ernesto del año en que murió.

Mateo siempre la veía ahí cuando visitaba a su madre pero nunca la había abierto. Esta noche, sin saber exactamente por qué, la sacó.

La agenda tenía el año impreso en la cubierta. Las páginas eran pequeñas, para notas cortas, con el tipo de letra comprimida que tenía Ernesto cuando escribía rápido. Mateo la pasó sin leer en detalle, solo mirando la escritura de su padre como si eso solo fuera suficiente, hasta que llegó a la última semana. En las últimas páginas con escritura, los días antes del infarto, había tres notas.

La primera decía: "Llamar a Ríos Salazar. Urgente." La segunda: "Revisar carpeta azul. Desván." La tercera, en la página del día en que Ernesto murió, solo tenía una palabra subrayada dos veces: "Decidido."

Mateo cerró la agenda y la volvió a poner en el cajón, junto a las pilas y el lápiz sin punta. El celular Nokia lo devolvió a su lugar también.

Desde la cocina seguía llegando el ruido de sus hermanos. Simón cantaba algo desafinado. Diego reía. Gloria decía algo en voz baja, como siempre.

Mateo se quedó sentado en el sofá verde que ya no era verde, con el peso de lo que acababa de leer en las manos y sin saber todavía qué hacer con ello.

La tarde seguía afuera, impasible, con ese sonido de ciudad que nunca para del todo. Mateo se levantó del sofá y fue a la ventana. La calle estaba quieta a esa hora: algunos vecinos de vuelta del trabajo, la señora de la tienda de enfrente bajando el toldo.

Pensó en el Nokia y en la agenda. Dos objetos distintos que decían cosas distintas del mismo hombre. El Nokia era la comunicación de alguien que buscaba a Ernesto con urgencia. La agenda era la vida interior de Ernesto, sus propias notas para sí mismo: "Decidido."

Decidido. Era la última palabra que su padre había escrito y también la que más costaba interpretar. ¿Decidido a qué? ¿A actuar? ¿A callarse? ¿A hacer algo que no había podido hacer todavía?

Mateo no tenía respuesta. Pero sí tenía algo que no había tenido una hora antes: la certeza de que esa respuesta existía en algún lugar, que no era una pregunta sin fondo, que había hechos concretos que la respondían si uno sabía dónde buscar.

Desde la cocina llegó la voz de Gloria diciéndole algo a Simón. Diego se rió de algo. La noche en la casa de su madre continuaba como siempre, normal en la superficie, con toda su carga invisible debajo.

Había cosas que uno guardaba porque no sabía qué hacer con ellas. Y había cosas que uno guardaba porque sabía exactamente qué significaban y no estaba listo para saberlo.

Vocabulary

autopista

highway / motorway

→ El tráfico en la autopista Medellín-Bogotá avanzaba despacio.

copiloto

co-pilot / passenger seat

→ En el asiento del copiloto había una bolsa con un pastel.

infarto *heart attack*

→ Un infarto, dijo el médico. Rápido. Sin dolor.

ferretería *hardware store*

→ La casa estaba entre una ferretería y una tienda de abarrotes.

abarrotes *groceries / general store*

→ Una tienda de abarrotes que había existido desde siempre.

sancocho *sancocho (Colombian stew)*

→ Le cayó encima el olor a sancocho cuando bajó del carro.

reja *iron gate / grille*

→ Una casa con una reja azul que su padre había pintado.

mesón *counter / kitchen counter*

→ Diego estaba sentado en el mesón, comiendo arepas.

parpadear *to flicker / to blink (screen)*

→ La pantalla parpadeó. La batería estaba casi muerta.

urgente *urgent*

→ El mensaje decía: 'Ernesto, necesitamos hablar. Es urgente.'

Comprehension questions

1. ¿Por qué llega tarde Mateo a la casa de su madre?
2. ¿Por qué no fue Lucía a la celebración de cumpleaños de Simón?
3. ¿Qué olor encuentra Mateo cuando llega a la casa y qué significa ese olor para él?
4. ¿Qué regalo le da Diego a Simón y qué le da Gloria?
5. ¿Qué encuentra Mateo en el cajón de la mesita y qué dice el mensaje que lee?